

Notas del trimestre

Salarios mínimos: el verdadero rostro del gobierno

El sexenio pasado el gobierno federal calificó diferentes años con distintas denominaciones; uno fue el año de Juárez, otro el del Senado. Este año que comienza podría ser bautizado como el año de la austeridad, pero no para todos, sólo para quienes no tienen ni han tenido otra opción.

Dos presidentes, el de la república y el de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, se refirieron al mismo asunto: el modesto incremento de los salarios mínimos. Los dos presidentes dijeron lo mismo; la diferencia estriba en que mientras uno supuestamente gobierna para todos, el segundo es un dirigente sindical, nada menos que el de la Federación de Trabajadores del Distrito Federal (CTM).

Según el senador cetemista (posible sucesor de Fidel Velázquez) y presidente de la Permanente, criticar al precario aumento de los salarios mínimos es palabrería inútil de señores de izquierda, que mejor debieran dedicarse a trabajar. Con esto parece significar dos cosas: 1. Que criticar el aumento de los salarios mínimos y otras acciones del gobierno es palabrería inútil, y 2. Que los señores de izquierda no trabajan, y por el ocio y la holgura en que viven sólo están pensando qué criticar.

Lo dicho por el líder sindical Gamboa Pascoe pretende minusvaluar la circunstancia de que el aumento de los salarios mínimos es ridículo y justificar *a priori* lo que él y López Portillo mencionaron en una coincidencia de retórica: el elogio a los trabajadores por su gallarda posición al no protestar por su ya crítica situación, y por aceptar resignadamente el pequeño aumento salarial. Esta posición de los trabajadores "charrificados" les valió que el presidente de la república la calificara como un ejemplo de "responsabilidad histórica"; frase muy consecuente con aquella de su toma de posesión que aludía a que todos estamos en el mismo barco, y si éste se hunde nos hundimos todos.

La responsabilidad histórica de los trabajadores aludida por el presidente López Portillo coincide también con lo dicho por Gamboa Pascoe; esto es, que la gallarda y heroica postura de los trabajadores es "un ejemplo que invita a la iniciativa privada a una inversión dinámica".

Así las cosas, la responsabilidad histórica de los trabajadores, al aceptar resignadamente el minúsculo aumento en sus salarios, consiste en incrementar las facilidades para que la iniciativa privada (no se diferencia entre la nacional y la extranjera) invierta más y mejor en México. La responsabilidad histórica de los trabajadores es salvar, con su sacrificio, el barco dominado por la burguesía, la única gananciosa de la austeridad de los demás.

Tiene razón Gamboa al afirmar que "la postura de los trabajadores contribuirá... a detener la espiral inflacionaria que tanto ha lesionado a la economía nacional". Esto es tan cierto como la anterior afirmación sobre la invitación a que la iniciativa privada invierta más dinámicamente.

También tendría razón si sugiriera a los trabajadores que doblen sus turnos de trabajo sin cobrar horas extras, o que no hagan huelgas cuando no sean satisfechas sus demandas. Todo ello invitaría al capital a "una inversión dinámica". El caso es que el líder sindical y presidente de la Permanente no aclara quiénes han provocado "la espiral inflacionaria que tanto ha lesionado a la economía nacional". Tampoco señala quiénes son las principales víctimas y los principales beneficiados de la citada espiral inflacionaria.

Todo mundo sabe que este tipo de fenómenos es causado por la iniciativa privada, y que los más perjudicados son los trabajadores. Pero según el dirigente obrero —¡Oh paradoja!—, serán los trabajadores, ejemplo de responsabilidad histórica, los que salven al país a su costa.

En esta lógica, si los trabajadores piden o exigen mayores aumentos en sus salarios, tendrán que ser irresponsables históricamente. Lo que significa que tendrán que escoger entre morir de hambre o recibir una calurosa felicitación desde la cúspide del poder público.

Responsabilidad histórica (sacrificio) se les pide a los que trabajan y obtienen por su esfuerzo un salario que se ha fijado arbitrariamente como mínimo. Esto, cuando la mitad de la población económicamente activa gana menos del salario mínimo. Esto, cuando el cuarenta y cinco por ciento de la fuerza de trabajo está desempleada. Esto, cuando en el país hay un déficit de viviendas de más de cinco millones. Esto, en fin, cuando la iniciativa privada, particularmente la gran burguesía nacional y extranjera, goza de todos los privilegios, gracias a una política económica que con diferentes nombres la ha favorecido.

Los que pensaron que con el cambio de gobierno iban a darse cambios, acertaron. La nueva política gubernamental se sintetiza en una frase pronunciada por el mismo López Portillo, cuando era secretario de Hacienda, ante la Cámara de Diputados: habrá que apretarse el cinturón. Lo que significó y significa: obreros de México, sacrifíquense.

Los cambios que se están dando son en la forma. Antes se hablaba de economía mixta y de democracia social; expresiones ambas que en su momento fueron criticadas por los señores de izquierda con su "palabrería inútil" —entre comillas—, como dijo Gamboa Pascoe. Ahora, sin tapujos, se dice que el destino del país está en la inversión dinámica de la iniciativa

privada, favorecida por la responsabilidad histórica derivada del sacrificio de la gran mayoría de la población. Ahora se apunta a sustituir el adjetivo mixta por capitalista —que es lo que ha sido nuestra economía desde que Hernán Cortés conquistó México— y a sustituir la democracia social —nunca existente, por cierto— por un autoritarismo despótico, que raya en el cinismo y la burla al elogiar un sacrificio que los trabajadores no escogieron democráticamente.

Palabrería inútil ha de ser si lo dijo Gamboa Pascoe. Inútil, porque la crítica no hace mella en la prepotencia de la mayor parte de los miembros de la burocracia política. Palabras inútiles, por impotentes, que se enfrentan a la palabrería hueca de la retórica oficial. Ésta es la circunstancia. Pero, como parte de ésta, también se está dando el fenómeno conocido como independencia sindical, democratización de las organizaciones obreras, donde a las palabras siguen los actos. Los hechos están ahí, y son elocuentes.

No hay razón objetiva para cuestionar que un gobierno de un país capitalista defienda los intereses del capital. Se antoja que no podría ser de otra manera. Tampoco se pasa por alto que ante una crisis de confianza y legitimidad de la representación política, sea menester, para mantener la estabilidad burguesa, que el gobierno ofrezca garantías al capital medroso. Pero esto no le resta validez a la crítica, no sólo sobre el miserable aumento salarial, sino también a la palabrería oficial.

El hecho es grave. De ninguna manera apunta a una mayor democratización del régimen. Si se cede tan obviamente ante las presiones del capital, no hay razones para pensar que mañana se favorecerá al trabajo, pese a que el presidente de la república pidió tiempo y confianza. El gobierno mexicano ha iniciado el año quitándose la máscara bonapartista que trajo puesta en los últimos años. Esfuerzos denodados tendrá que hacer el gobierno para recuperar su carácter bonapartista, su autonomía relativa que lo distinguió desde los años veintes hasta ya entrados los cuarentas. Por el momento somos testigos del verdadero rostro del gobierno mexicano: se inicia el año de la austeridad para los pobres: ¡gran responsabilidad histórica!

6 de enero de 1977

Octavio Rodríguez Araujo